

Gritos al amanecer

El secuestro y liberación
de Don Cox



Diseño de cubierta: Gabriel Benitez

ISBN: 99939-74-30-7

Impreso en Guatemala
Printed in Guatemala

www.cnplibros.com
cnp@cnplibros.com

Todos los derechos reservados conforme a la ley.
Prohibida la reproducción de esta obra sin la debida autorización por escrito de los editores.

DEDICATORIA

Se dedica este libro a todas las personas que oran regularmente por la seguridad de los misioneros y sus familias.

Mientras la cámara de video grababa su llegada al aeropuerto de O'Hare, en Chicago, la Navidad de 1995, Don Cox dijo: "Mi regalo más grande de Navidad es estar vivo en este momento. Y doy gracias a la iglesia por sus oraciones". Y entre lágrimas agregó: "¡Gracias al Señor! ¡Gracias al Señor! ¡Gracias iglesia!"

CONTENIDO

	PREFACIO	7
1	SECUESTRADO	9
2	LA INCREDELIDAD SE TRANSFORMA EN TERROR	15
3	FORTALEZA INTERIOR	19
4	ABANDONO	25
5	DÍAS OSCUROS	35
6	SOMBRAS PROFUNDAS	39
7	RESCATADO	47
8	SALMOS DE PROMESA Y ALABANZA	55

El Dr. Keith Schwanz es presbítero en la Iglesia del Nazareno y ha servido como pastor, profesor y autor.

Es un escritor independiente, autor de *Palabras de Vida y Amor: Ministerio de Literatura de Misión Mundial*, un libro de MNI para 2004-2005, como también otras obras y numerosos artículos en *La Santidad Hoy*, *EL Heraldo de Santidad*, *Biblia Viviente Ilustrada*, y *La Revista del Predicador*. Sirvió como editor de *Santidad al Señor: Cánticos para el Pueblo de Dios*, el primer himnario en francés editado por la Iglesia del Nazareno.

Keith es profesor adjunto de música sacra en el Seminario Teológico Nazareno donde dirige el coro de seminaristas y coordina los servicios de capilla. Es miembro de Misiones Nazarenas Internacionales –MNI– en la Iglesia del Nazareno de Collage, Kansas.

Keith está casado con la Dra. Judy Schwanz, profesora de cuidado pastoral y consejería en el Seminario Teológico Nazareno. Juntos han enseñado en retiros y han brindado conferencias para pastores en México, República Dominicana, Puerto Rico, Canadá, y Estados Unidos. Viven en Overland Park, Kansas; y tienen dos hijos adultos: Karla y Jason; y un nieto, Judah James.

PREFACIO

Escuché a Don y Cheryl Cox relatar esta historia durante un viaje de Trabajo y Testimonio a Guadalajara, México. Lo oí por segunda vez durante un banquete navideño algunos años más tarde. Cuando me pidieron que escribiera un libro, acepté con entusiasmo. Este es un testimonio que pone en evidencia la gracia sustentadora de Dios.

Don y Cheryl sostuvieron varias conversaciones con mi esposa y conmigo durante el proceso de redacción del libro. Cada vez que nos reuníamos, nuevas facetas de la historia salían a la luz, y estoy seguro que si hubiésemos seguido tratando el tema, muchos más detalles hubieran surgido.

El formato de los libros misioneros de MNI determinó lo que se incluiría o no en esta obra. Cada autor se enfrenta a la difícil decisión de omitir ciertos detalles. Aun cuando Juan escribió el Evangelio, declaró que Jesús hizo muchos otros milagros sobre los cuales no hizo referencia (véase Juan 20:30).

El drama humano, y no la metodología de las negociaciones durante el secuestro, generó el impulso para relatar esta historia. Evité deliberadamente referir cualquier detalle que pudiera brindar información a criminales que quisieran dañar a otro misionero. Este relato describe las respuestas de fe en una situación extremadamente difícil. Traté de escribir la historia de tal manera que el lector *sintiera* la desesperación en medio de una situación tan violenta y *supiera* que Dios sostiene a quien deposita su fe en ÉL.

Wes Eby, el coordinador de educación misionera para Misiones Nazarenas Internacionales, y David Hayse, del Departamento

mento de Misión Mundial, brindaron la dirección necesaria durante el trabajo de redacción de esta obra. Les doy las gracias. Mi esposa Judi, fue de gran ayuda mientras yo estudiaba las muchas maneras en que podía relatar esta historia.

Pasé una noche con Ted y Mima Hughes, quienes aportaron muchos detalles de lo sucedido. Gracias a Ellen Bustle, quien fue la anfitriona de esa noche. Noche corta, debido a la llegada de la primera tormenta de invierno y el riesgo que implicaban las calles cubiertas de hielo. Aprecio mucho la información recibida de Dwight Rich, Joan Wilson, Charles Gates, y Ron Renshaw. Cada uno participó como agente de Dios en varias partes del relato. Kara Lyons desde la oficina de Archivos Nazarenos, Karen Jones en Misiones Nazarenas Internacionales, y Judy Veigl y Cindy Pusey desde la Secretaría General suministraron documentos y fotos. Bob Thomas ayudó a obtener fotografías a partir de videos.

Docenas de personas trabajaron desinteresadamente para que Don recuperara su libertad. La mayoría de ellas no se nombran en este libro, lo cual es una decisión consciente para que fluyera la historia. Después de convivir con este manuscrito durante varios meses, llegué a tener un profundo aprecio por lo que ellos hicieron en un tiempo tan difícil. Los que estuvieron involucrados en este drama tienen mi máximo respeto por ser valientes y audaces. Su dependencia del Dios, de su gracia y su misericordia es vivificante.

Durante una de las primeras reuniones del equipo de crisis en Quito, el negociador Chuck Howard dijo: “Nunca olvides durante la oscuridad lo que Dios prometió en la luz, y nunca olvides en la luz lo que Dios hizo durante la oscuridad”. En este libro recordamos los catorce días oscuros acaecidos en diciembre de 1995, pero también nos regocijamos porque Dios diluyó esa oscuridad con *Gritos al Amanecer*.

1

SECUESTRADO

Don permaneció acostado sin moverse. La dura noche terminó en una plataforma de madera, detrás de una rústica cabaña de dos cuartos. Cuatro hombres se acostaron en el piso a su lado, otro se mantuvo en la puerta. Los cuerpos de los secuestradores formaban una especie de cerca de su alrededor, para que no se fugara. Don cerró los ojos, pero el sueño nunca llegó.

No había ventanas en el cuarto, pero repentinamente Don vio suficiente luz a través de las rendijas de la puerta como para darse cuenta que había llegado la mañana. Pidió permiso para ir al baño. Lo llevaron hacia el exterior de la cabaña. Don trató de orientarse. Parecía que la propiedad circundante a la finca se utilizaba para la tala de árboles. Había troncos entre la maleza por todos lados. Una rudimentaria construcción formada por un techo apoyado sobre postes, sin paredes, estaba a un lado de la casilla. Aparentemente era un refugio donde los leñadores trabajaban.

Con una mejor perspectiva, observó que la cabaña proporcionaba solo una protección básica del clima andino. Las rudimentarias paredes solo podían resguardarlos del viento, pero no del frío. El techo metálico podía protegerlos de la lluvia, pero no de la humedad del aire.

Don agradeció al “guardia” por permitirle atender sus necesidades personales. Había decidido actuar amablemente con la esperanza de aplacar el ánimo de sus secuestradores. Quizá podría despertar un sentido de compasión en ellos y así minimi-

zar el riesgo de la tortura. Un poco después escuchó a los delincuentes burlarse de su cortesía. Muchos días pasarían antes de escuchar risas nuevamente. Él sabía que estos hombres estaban serios a causa de su trabajo. Serios hasta la muerte.

SECUESTRADO

El 10 de diciembre de 1995 empezó como un día típico para el misionero Don Cox. Durante los últimos cinco años, había trabajado en el área de finanzas para el equipo de la oficina regional en Quito, Ecuador. Anteriormente, él y su familia sirvieron en Chile durante doce años. Don y su esposa, Cheryl, aun tenían tres hijos viviendo con ellos, mientras que el mayor asistía a la Universidad Nazarena de Olivet.

Otro misionero había abandonado el país antes de poder vender su auto, un vehículo de dos puertas con capacidad para cinco personas. Como administrador, Don fue la persona encargada de completar la venta. Estacionó el vehículo en un lugar visible en el Seminario Teológico Nazareno ubicado al norte de Quito. Pocos fueron los que vieron el letrero “se vende” y solicitaron información. Sin embargo, uno de los interesados insistió en ver el auto ese mismo día.

Don llamó a Cheryl cerca de las 16.00 para decirle que se iba a encontrar con alguien interesado en comprar el vehículo, luego asistiría al culto en la iglesia y por último iría al aeropuerto a despedirse de un misionero. Cheryl no se sentía bien y decidió quedarse en casa. Ella colgó el teléfono esperando ver a Don más tarde esa noche.

Cerca de las 17:15, Don se encontró con tres personas que llegaron a ver el vehículo. Aparentaban tener suficiente dinero para realizar la compra. La manera en que vestían sugería que eran de la clase media alta, y su manera de expresarse reflejaba más que una educación rudimentaria. Un hombre de unos 30 años y de contextura más robusta que los otros, hacía las veces de líder del grupo. Los demás eran más jóvenes. Entre ellos una mujer.

Después de una inspección visual, el líder sugirió dar una vuelta para probar el vehículo. Don accedió con la condición que el viaje fuera corto, debido a que debía atender sus otras responsabilidades esa noche. El más corpulento del grupo se sentó al volante. Puso en marcha el auto y se dirigió hacia el suroeste, en dirección al centro de Quito, antes de girar hacia el norte. Hacia San Antonio. Don sugirió que regresaran al seminario, pero el chofer insistió en prolongar un poco más la prueba. Poco después detuvo el auto para que subieran dos “mecánicos” que lo asesorarían sobre el funcionamiento del vehículo. Se sentaron atrás. Nuevamente en marcha, el chofer empezó a conducir más rápidamente, mientras que los “mecánicos” tomaron al misionero y lo arrastraron hacia el asiento trasero.

Don vomitó.

La mujer colocó papel entre los ojos y los lentes de Don para cubrir su visión. Uno de los secuestradores pasó al asiento delantero dejando que Don permaneciera entre dos hombres. Los delincuentes tenían el control completo de la situación, o al menos eso creían ellos

Llegados a San Antonio, el chofer giró al oeste. Hacia Los Bancos. Después de casi una hora, el vehículo dejó el camino por el que había transitado hasta entonces. Los criminales arrastraron a Don fuera del coche. Mientras él permanecía al lado del camino con la vista todavía cubierta, los tres “compradores” del auto regresaron a Quito. Al escuchar el sonido del motor que se desvanecía a la distancia, el silencio que lo envolvió causó que Don escuchara el amargo eco de la ansiedad retumbando dentro de sí.

CAMINATA DE MEDIANOCHE

Había oscurecido hacía una hora. Los criminales quitaron el papel de los ojos de Don y le ordenaron que caminara frente a ellos hacia el bosque. Por media hora marcharon, cada paso llevaba a Don más lejos de su familia. Abruptamente se detuvieron. Por las próximas cinco horas el misionero permaneció

sentado en el suelo, encorvado, cubierto con una cobija provista por los hombres.

Cerca de la medianoche, otros conspiradores se sumaron al grupo. Una familia vivía en la zona y los secuestradores no querían despertar sospechas. Mientras se preparaban para iniciar la caminata, tres hombres se adelantaron como observadores. Los silbidos mantenían el grupo principal informado y en el camino correcto.

Al principio la marcha fue relativamente fácil, si es que ese adjetivo puede utilizarse para describir una caminata de medianoche por los Andes ecuatorianos.

Siguieron un camino probablemente usado por el ganado para dirigirse al río. Dos troncos unidos entre sí, formaban un improvisado puente que cruzaba el agua. Si Don hubiese estado en una caminata de placer con sus hijos, habría cruzado el puente de troncos con poco esfuerzo. Sin embargo, bajo coacción y en la oscuridad de la noche, abrazó los troncos y se arrastró sobre su abdomen descosiendo por completo el saco de su traje.

Una vez al otro lado del puente, la caminata se tornó más penosa, ya que no siguieron un camino marcado, sino que atravesaron el denso bosque. A veces Don no encontraba donde apoyar su pie en medio de un terreno barroso que parecía no tener fin.

Para subir la ladera de la montaña, Don se asía de ramas y enredaderas. Ascendía durante algunos minutos y se detenía a descansar. Subía. Descansaba. Subía. Descansaba. Los secuestradores lo esperaban pacientemente hasta que recobrara el aliento, entonces continuaban la penosa marcha.

El ascenso se prolongó por casi cuatro horas, zigzagueando, hasta llegar a un claro en la cima del monte. Alguien empujó a Don al interior de la cabaña, sobre una plataforma en el cuarto de atrás. Se recostó, agradecido porque había terminado la subida pero ansioso por saber cual sería su fin.

EL VIENTRE DEL BOSQUE

Al amanecer del primer día, los secuestradores le dieron a Don una taza de café y un pedazo de pan como desayuno. Él les dio las gracias. Supuso que la cabaña sería su “celda” por el tiempo que los secuestradores lo detuvieran en contra de su voluntad.

Poco después, dos hombres ordenaron a Don que descendiera por el otro lado de la montaña. El misionero pensó que la marcha forzada por el denso bosque sería una experiencia diaria con el fin de eludir a la policía, que deseaba estuviera buscándolo. Caminó un poco más de 200 metros cuando llegó a una plataforma que se extendía sobre la ladera de la montaña. Un tronco servía de base al tablado. Más abajo había otro madero pequeño que hacía las veces de travesaño de apoyo. Cinco tablones de cerezo formaron el piso de aproximadamente un metro de ancho por dos de largo.

Uno de los hombres ordenó a Don que se sentara en la plataforma. “Espere aquí”, vociferó.

Una bóveda de árboles se levantaba sobre él; la espesa vegetación lo rodeaba. El vientre del bosque no tranquilizaba a Don mientras obedecía la orden impartida y se sentaba... solo.